

DISCERNIMIENTO DE LA DEMOCRACIA VENEZOLANA

"A distinguir, me paro, las voces de los ecos".

Antonio Machado

Wilfredo González, S.J.*

Summary:

This paper on the discernment of Venezuelan democracy shows both positive and negative elements that have happened on the Venezuelan democratic process from 1958 to 1998. It follows the thread of the most important events of the so-called democratic period although it is not, strictly speaking, a paper on history. Essentially it revolves around democracy that is born inspired by the "spirit of January 23rd", the historical novelty that it represented, the importance of political parties, the oil exploration and the destination of its income. It draws attention to the positive way that this novelty was taken by large majorities, in particular the emergence of the poor as subjects of culture, while states at the same time the institutional weakness to consolidate it. Finally, the citizen participation, the civil society and the state are presented as the specific challenges to be undertaken to consolidate democracy in Venezuela.

Keywords: *Discernment, Democracy, Politics, Oil, Participation, Representation, People, Subject Protagonist, Achievements.*

INTRODUCCIÓN

Este discernimiento hace referencia tanto al pasado como al presente de un proceso histórico inacabado. La democracia que surgió del Pacto de Punto Fijo no

* El P. **Wilfredo Rafael González Rodríguez**, nació el 17 de septiembre de 1962 en la ciudad de San Félix (Edo Bolívar). Luego se hizo religioso jesuita y fue ordenado sacerdote. Es Licenciado en Filosofía por la UCAB (1990) y Bachiller en Teología por el ITER (1994). Tiene una Maestría en Estudios Culturales en el Birkbeck College. University of London (2004). Ha sido profesor de Antropología Filosófica en el ITER y la UCAB (1993-2002) y profesor de Filosofía Política y Teoría Política II. Escuela de Ciencias Políticas de la UCAT (2005-2010). Actualmente se desempeña como Director de la Revista SIC, editada por el Centro Gumilla de Caracas. Correo electrónico: wilfredo.gonzalez@gmail.com

Discernimiento de la democracia venezolana

fue ni se mantuvo uniformemente durante los cambios de gobierno que se sucedieron desde 1958 hasta nuestros días.

Los primeros años inmediatamente después de la caída de Pérez Jiménez en enero de 1958, particularmente para Rómulo Betancourt y Rafael Caldera fueron años difíciles en la lucha por la instauración de la democracia. Tanto Acción Democrática como COPEI se dieron a la discusión de lo que entendían por democracia desde sus respectivos paradigmas ideológicos. Para quienes venían de largas luchas contra las dictaduras, el voto y el imperio de la ley se tornaron banderas decisivas para la consolidación de la democracia. Pero en este forcejeo no sólo se quedarían por fuera los que deseaban la continuidad del militarismo sino la izquierda que vio en el Pacto de Punto Fijo la traición de las luchas que se habían librado hasta ese momento.

Por parte de los que instauraron el sistema de partidos y conciliación de élites se desarrollaría una creciente campaña anticomunista. No es aquí donde evaluaremos las consecuencias de esta exclusión pero valga la referencia para tener en cuenta los límites que desde muy temprano mostró la instauración de la democracia en Venezuela.

La inspiración democrática duro hasta el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez en 1973. La bonanza petrolera, la nacionalización (estatización) de la industria petrolera y la corrupción impactaron a toda la sociedad venezolana de tal manera que sus consecuencias llegan hasta nuestros días. La consolidación de la democracia pasó a un segundo plano. A partir de este momento, y muy a pesar de las serias advertencias que se hicieron, entramos en la montaña rusa de los precios del petróleo y de la política sin ética. Solo algunas referencias a los distintos gobiernos para hacernos cargo de lo que pasó en la larga lucha por establecer la democracia todavía muy débil.

Con la bonanza petrolera del tiempo de Carlos Andrés paradójicamente creció la pobreza. Pero no sería sino hasta el “viernes negro” (1983) del gobierno de Luis Herrera que el país se enteraría de que las cosas no iban tan bien como se decía y que era urgente cambiar.

Con Jaime Lusinchi el cinismo se apoderó de la política. El país que seguía haciendo esfuerzos por mejorar en materia de educación, salud y empleo se vio desplazado y no consiguió articular una institucionalidad fuerte para hacerle frente al desastre judicial, económico y político. Los partidos políticos ya se habían desligado de la gente y se alejaban de su sentir.

Y, así las cosas, rebrotaron en el imaginario colectivo los hombres fuertes como idóneos para conducir el país: Carlos Andrés y Rafael Caldera sucesivamente. Ya no se hablaba de ideologías ni de partidos políticos sino del hombre que con mucha voluntad arreglaría las cosas en Venezuela.

Como todo proceso histórico el de la democracia venezolana es complejo y no se puede despachar con unos brochazos sobre los distintos gobiernos sin correr el peligro de caricaturizarlo. De ahí que se propongamos un discernimiento como un aporte al mismo proceso democrático.

RELEVANCIA DEL DISCERNIMIENTO DE LA DEMOCRACIA

De buenas a primeras parece extraño hablar de discernimiento referido a la democracia. Tanto el discernimiento como la democracia tienen cada uno un campo específico. Discernir es distinguir, aclarar la presencia actuante del Espíritu en los hechos históricos. La democracia es, en su acepción clásica, el poder del pueblo. El discernimiento se refiere a un ejercicio de la inteligencia que quiere comprender interpretando los pros y contras de determinadas acciones que más allá de las intenciones pueden ser constatadas en la realidad histórica. La democracia es un modo o sistema de tomar decisiones colectivas.

El discernimiento de la democracia venezolana es relevante. Primero, porque nos ayuda al seguimiento de Jesús con lucidez, en este mundo aquí y ahora. Segundo, porque es necesario desenmascarar los obstáculos de tipo estructural que, en la democracia o en el socialismo o en cualquier modelo o sistema político que se proponga, dificultan el seguimiento de Jesús pobre y humillado como decía Ignacio de Loyola. Y, junto con esto, porque permite denunciar todo lo que se opone al crecimiento de las personas, a todo aquello que quiera convertirla en medio y no en fin, a todo aquello que pretenda instrumentalizarla para preservar la Cultura, o la Patria, o el Estado o el Desarrollo o la Globalización y que tienda a legitimar la pobreza y la exclusión o justificar la violación de los Derechos Humanos. En fin a todo lo que limita la construcción de la olvidada fraternidad.

La democracia venezolana es materia de discernimiento en cuanto realidad que configura nuestro mundo, nuestra manera de ver las cosas, las personas, la naturaleza y a Dios. Se trataría de captar en el proceso democrático venezolano la acción del Espíritu cuyo derrotero es la humanización de todos y, en especial de los más pobres y necesitados, de los excluidos. El discernimiento de la demo-

cracia exige captar cuándo se está justificando válidamente la situación en medio de la ambigüedad de la vida y cuándo se está comenzando a hacer ideología. Se trata de afinar la sensibilidad ante el proceso de instauración de la democracia en Venezuela.

EL CONTEXTO GLOBAL

No hace falta una investigación exhaustiva para mostrar que el mundo en general ha rechazado la invitación amorosa del Dios-Amor. Parece que su plan ha fracasado.

De hecho, aunque han aumentado los países que asumen el sistema democrático en diversas partes del mundo, no hemos tenido ni un solo instante de paz desde que se firmó la declaración de los Derecho Humanos. Los millones de muertos durante el siglo XX es una muestra de nuestra estupidez. Y, la miseria, es la demostración de nuestra inhumanidad porque ni nos compadecemos ni nos hacemos responsables. Es claro que a ratos volvemos a la selva y su ley.

La violencia en sus diversas formas, militar y política, en el hogar y en los Medios, la violencia contra las culturas y la naturaleza es un dato contundente de la acción del “mal espíritu”. Violencia que en muchos casos es estructural y que da lugar a formas culturales. Es decir, acciones que surgen en y de estructuras sociales injustas impuestas y mantenidas por pequeños grupos de gente rica y poderosa, tanto dentro de un país como entre países; la violencia se nos ha vuelto tan cotidiana que parece que ya no la vemos. La legitimación de la violencia a través de sutiles mecanismos de simbolización y mitificación esconde una acción perversa que atenta contra la vida de todos los seres humanos.

La injusticia que millones de seres humanos viven justo en la era globalización de mercancías, finanzas y tecnología son un reclamo que parece no tener respuesta contundente. Ahora, los indicios del rechazo a la propuesta del Dios-Amor y sus consecuencias no son obvios para todos. Se puede estar con la mejor de las conciencias en medio de este mundo sin nada que inquiete más allá de las noticias que generan sobresaltos y a las que poco a poco se acostumbra la mayoría. En este sentido el discernimiento, este saber separar para quedarse con lo mejor ante lo que parece ser lo mejor, optar por ello y llevarlo a la práctica exige para los cristianos des-cubrir la acción del Espíritu en la Historia y secundarlo.

EN LATINOAMÉRICA

En nuestro continente revivimos las grandes contradicciones del siglo XX. Por un lado hemos vivido los intentos de construir un mundo sustentado en la libertad a costa de la justicia propio del liberalismo y del pensamiento liberal. Y, por otro lado, un mundo sustentado en la justicia a costa de la libertad propio del pensamiento socialista.

El liberalismo ciertamente ayudó a construir los derechos civiles y políticos pero muestra serios límites cuando tiende a minimizar el bien común y la justicia a nombre de la libertad y hoy busca re-editarse en los “neo”. Y, el socialismo, que contribuyó a construir los derechos económicos y sociales, abre grandes interrogantes cuando tiende a desplazar la libertad al comprenderla como libertad individualista. No es utópico ni meramente componencial intentar articular lo bueno que han producido ambos procesos. Pero no es esta la dirección que apreciamos hoy en el continente Latinoamericano.

Por esto será poco lo que se insista en que ningún sistema tendrá futuro si no valora libertad. No se puede atentar contra la libertad mediante gobiernos autoritarios, así sean de derecha o de izquierda. Tampoco pueden tener futuro los sistemas que descuiden el bienestar social a favor del crecimiento económico desmedido y excluyente. El crecimiento económico nos tiene que ayudar a construir bienestar social. Pero el bienestar social y el crecimiento económico no pueden estar desligados de la necesaria conservación y preservación de la madre tierra que es el hogar de todos los seres humanos. Y todo esto tiene que tomar en cuenta también que el derecho de los pueblos y el reconocimiento de los mismos sólo pueden existir en la medida en que tengan autodeterminación y autonomía. En este contexto global y latinoamericano se discierne lo que ha sido la democracia en Venezuela.

LA DEMOCRACIA EL GRAN ACONTECIMIENTO

La democracia en Venezuela ha sido una decisión que tomaron los venezolanos hace 53 años de construirse un sistema de convivencia moderno que le permitiera por fin entrar en la modernidad tan deseada. Pero es bueno hacer notar que esa decisión no la tenía todas consigo y que no era obvio que se lograra instaurarla. La inevitable inercia de los usos establecidos en el que no se contemplaba la participación de la gente y el forcejeo de los grupos de poder hacían pensar que no

Discernimiento de la democracia venezolana

se iba a lograr. Sin embargo, como un efecto que supera a su causa los venezolanos instauraron la democracia. En este sentido cabe destacar que la instauración de la democracia no fue producto de ningún destino, ni de la combinatoria de fuerzas extra-sociales ni de designios de los dioses. Fue un auténtica creación, no de la nada sino de la apropiación de unas posibilidades que se convirtieron en capacidades, no de un individuo sino de un colectivo que se había apropiado de esas posibilidades. Es quizá el mayor de los desafíos que haya enfrentado en su historia. Vemos en esa apropiación de posibilidades, de quienes en buena lógica lo que se esperaba era la continuidad del sistema, la señal más contundente de la acción del Espíritu. Porque, por un lado, del sistema de relaciones de la vida social venezolana era muy difícil derivar el surgimiento de la democracia. Pero, por otro lado, los hechos muestran que se tenía la fuerza creativa capaz de instituir un conjunto de valores y significados que puestos a circular se encarnaron en las grandes mayorías. La democracia venezolana, por tanto, no se deriva mecánicamente ni funcionalmente ni lógicamente de sus antepasados ni es una herencia que cayó del cielo. La democracia fue el gran acontecimiento de autonomía de los venezolanos del siglo XX.

EL PROCESO DE MORIR, DE DEJAR IR

En Latinoamérica se vivieron y se viven procesos atravesados de grandes contradicciones. Y la naciente democracia venezolana no escapó a esas contradicciones. Las desilusiones frente a las promesas del progreso también surgieron en la democracia venezolana. De ahí que tengamos que discernir la dirección de las acciones que configuraron el proceso democrático venezolano para quedarnos con lo bueno, optar por ello y ponerlo en práctica.

Primero, en Venezuela se tiene que transformar el modo de hacer política. No se puede seguir haciendo política como distribución directa de dinero y puestos de trabajo por parte del gobierno entre sus partidarios. La distribución de la renta como forma de mantener el poder tiene que dar paso a la justa distribución de la riqueza producida por el trabajo de todos.

Segundo, no puede seguir el modo de gerenciar las empresas que busca las ganancias no tanto por las innovaciones técnicas y organizativas que reduzcan costos y por la lucha por ampliar el mercado sino por el apoyo del Estado y por unas tasas de ganancia que las hacen no competitivas en un mercado abierto. Ese tipo tan rancio de estructurar la economía tiene que desaparecer para dar paso a otro más innovador, más arriesgado, más competitivo, más dinámico.

Esto implica que los venezolanos deben esforzarse en superar, al menos, dos actitudes no muy dignificantes que se propiciaron en el proceso democrático. Primera, la actitud frente al Estado providencia que espera que todo le venga del Estado, de la empresa o del contacto. Donde se concibe que el problema no es la “rosca” sino estar fuera de ella. Segunda, la actitud acomodaticia, inercial y poco creativa tanto de los ciudadanos como de las empresas y la sociedad, gobernada por la creencia de que Venezuela es un país rico y que, en el mejor de los casos, lo que hay que hacer es profesionalizarse para disfrutar, de acuerdo con los usos y las buenas costumbres, de lo que hay.

Tercero, como se ha dicho de diversas maneras, en muchos momentos y con variados énfasis, el problema principal de la democracia que se inicia en el año 58 es el corporativismo disimulado que progresivamente privó de contenido real a la democracia.

La conciliación de élites, que es el espíritu del pacto de Punto Fijo, por un lado protegió la democracia, en momentos muy difíciles para las democracias en A.L., pero por otro la minó al tomarse las decisiones no en el parlamento ni en el consejo de ministros y ni siquiera en los comités centrales de los partidos sino a través de la red de contactos que se va tejiendo progresivamente entre Fedecámaras, la CTV, las Fuerzas Armadas y las cúpulas de los partidos.

Cuarto, este sistema de preeminencias y privilegios al margen de la discusión pública, de la decisión estrictamente política y de la lógica económica más creativa no sólo minó a los partidos sino que fue el responsable de que las empresas descuidaran seriamente la productividad y se contentaran con una rentabilidad fácil. Del mismo modo los sindicatos y gremios dejaron de representar los intereses más dinámicos de sus afiliados corporativizando el empleo con perjuicio de toda la sociedad. Y, por su lado, también corporativizó a las Fuerzas Armadas que obtuvieron un poder ilegítimo, se volvieron una carga dispendiosa para el país y se distanciaron de las únicas labores que las justifican.

Quinto, los políticos dejaron su papel de auténticos mediadores entre las necesidades de la gente y el gobierno para entregarse a los empresarios, sindicaleros y gremios de todo tipo junto con las Fuerzas Armadas que se mantuvieron, casi imperceptiblemente, en un rol de vigilancia y control de la sociedad. En estos momentos se estaba ante una democracia controlada de lejitos.

Sexto, ante semejante deterioro creció la antipolítica y el descuido de los espacios públicos. Las grandes mayorías se quedaron sin los interlocutores que en su momento auroral las convocaron al ejercicio democrático.

Discernimiento de la democracia venezolana

Séptimo, presos por el “mal espíritu” del descreimiento. Hasta 1975 se podía creer en algo. Llegamos a la muerte de los principios. La gran mayoría de venezolanos ya no distinguía las voces de los ecos que procedían del gran acontecimiento de 1958 y entró en el desierto. Hasta aquí la gente creyó en lo que se había dado a sí misma. Pero, a partir de este momento ya no se podía seguir creyendo con el mismo ánimo, con el mismo entusiasmo en el progreso del país, en la justicia social y en la prestancia moral de los seres humanos. Los partidos se indiferenciaron y las ideologías se volatizaron. De ahí que el cinismo, el pragmatismo y el escepticismo se apoderaran de la colectividad venezolana.

EL TRIGO Y LA CIZAÑA

La tentación permanente ante situaciones como las descritas requiere de un sobrio discernimiento para no cortar el trigo con la cizaña. Sin duda la sociedad venezolana está llamada a transformar estas negatividades en positivities. Es claro que por ese camino nunca se llegaría a consolidar la democracia. Pero las acciones que se requieren tienen que ser muy consistentes, progresistas y comprometidas. No es suficiente con salir a votar o a marchar o aumentar el sensacionalismo mediático. Porque si es verdad que todo esto se ha vuelto un modo de vida de la sociedad, si es verdad que el desencanto ante las promesas, la sospecha ante los negocios y el descreimiento en los procesos formales están incrustados en el modo de proceder de la gente, quiere decir que la acción para superarla tiene que ser consecuente. El diagnóstico de la enfermedad tiene que estar acompañado de un tratamiento adecuado a la misma. No se puede tratar el cáncer con limonadas. Además, hay que contar con el conflicto que surge de quienes no quieren cambiar y que hacen todo lo posible por mantener sus posiciones. La democracia sólo se transformará a partir de la asunción del conflicto que todos estos elementos le plantean. Para ello tendrá que cargar con ellos con las fuerzas que positivamente ha desarrollado.

LO QUE SE TIENE

A la hora de poner el tratamiento a estos males que sufre la democracia se tiene, por un lado, la tentación de botar el agua sucia de la bañera con niño y todo. Y, por el otro, la exaltación de sentimientos y creencias en valoraciones netamente subjetivas. Lo primero cree que la historia comienza con el último que llegó.

Lo segundo ve los hechos nublados por la nostalgia y se resiste a la memoria. En ningún caso hay discernimiento.

La creencia de que con un golpe de suerte se sale del mal rato y la retórica voluntarista que propone como fórmula para la solución de todo “echarle pichón” a lo que sea, no son buenos consejeros. De ahí no saldrá nada bueno porque el protagonista es la suerte o un repentino voluntarismo. Ambos fomentan la actitud que espera, como por arte de birlibirloque, que se salga del mal momento. Pero no es cierto. La acción que discernimos se da en medio de la ambigüedad de la situación histórica. Y se tienen que mirar a los haberes que también afectaron y afectan de manera positiva lo que se es aquí y ahora. No son arrebatos patéticos. Es la historia que no comienza con los últimos que llegaron. Por tanto, hay que asumir, en medio de las rupturas y continuidades, lo que se ha hecho positivamente.

Primero, el hecho de vernos como venezolanos donde el plural es la novedad. Venezuela era un país en el que la gente poco se había visto fuera de sus regiones. Lo que hoy parece normal para cualquier venezolano, viajar de una región a otra por tierra o por aire, no lo fue para los venezolanos de principios del siglo XX y mucho menos para los del siglo XIX. Los rostros y las culturas regionales se abrieron progresivamente hasta llegar a formar al gran tapiz multirracial y pluricultural que hoy son los venezolanos.

Segundo, la salud pública. Éramos un país enfermo y devastado por las guerras. Ni pensar en lo que hoy llamamos calidad de vida porque la gente moría de enfermedades como el paludismo o la disentería. Pero muy pronto, por allá por los años 20 se inició una contundente acción a todo nivel que consiguió erradicar estas enfermedades que acababan con la vida de la gente. La atención a los niños y a las madres, las campañas de vacunación, la construcción de hospitales y centros de salud dieron como resultado, en un tiempo record, una población básicamente sana y con creciente expectativa de vida. Cuando a finales de los 70 se perdió este impulso, este ánimo, en Venezuela paradójicamente se encontraban médicos e investigadores científicos del más alto nivel. Pero, lamentablemente, no se encontraban en los hospitales públicos ni en los ministerios encargados de las políticas de salud. Así fue como retornaron males que se creían erradicados para siempre, sobre todo en los ambientes populares. Sin duda hay que retomar el ánimo de los pioneros para que, más allá de los cambios de gobierno, el Estado mantenga la salud como una prioridad.

Tercero, pasamos de la paz impuesta a la concertación permanente. La paz del siglo XX frente a las guerras decimonónicas que la precedieron fue un gran

avance. No es la idea de que todo era color de rosa sino que, entre otras cosas, los venezolanos no quitamos y pusimos gobiernos a fuerza de tiros. La estabilidad conseguida en esos años permitió ir creando otros modos de habérselas con la realidad. Fue la muestra de la inteligencia que desplaza a la fuerza bruta, del ingenio propositivo que se aleja de la ley de la selva para acercarse a procedimientos regidos por la ley. Pero aunque esto dejó a su vez un saldo negativo que tiene que ser superado, el venezolano con malas mañas, rapaz y flecha veloz que si no gana arrebatada, es indudable que la paz es uno de los grandes haberes de este país.

Cuarto, la modificación del padrón electoral para que nadie se quedara fuera del terreno de lo político. Sin duda uno de los grandes sucesos de los años 40.

Quinto, el destino de la renta provocó importantes discusiones donde brillaron grandes inteligencias. Y, con sus más y su menos, buena parte de la renta petrolera se destinó a la educación, la salud, la vivienda y la infraestructura de un país que comenzaba a despegar. Se nacionalizaron los hidrocarburos, se instaló un parque industrial prometedor y se conformó una sociedad urbana. En la Venezuela agraria y tradicional hubo petróleo pero nunca alcanzó el nivel de influencia que llegó a tener a partir de 1928. El buen espíritu conducía hacia la mejor comprensión del contexto histórico internacional e inspiró y estimuló la voluntad democrática de muchos venezolanos. Los mejores talentos se pusieron al servicio del país.

Pero todavía queda por transformarse el sentido que se le imprimió al uso del petróleo como arma política.

Sexto, la irrupción de los pobres como sujetos culturales. Ya no se trataba de Juan el Veguero, el personaje de Doña Bárbara, tratado como arquetipo del atraso sino de los “hacedores de ciudad”, es decir, de los hombres y mujeres protagonistas en la construcción de ciudades, no sólo en Venezuela, sino en Latinoamérica. Ellos escribieron con su sintaxis arcaica los tiempos de lo que pudiéramos llamar la modernidad popular venezolana. En sus relatos, que son la construcción de los grandes barrios del país, está no sólo la depresión y el sufrimiento sino la fuerza de la alegría frente al dolor y la dificultad. En la obsesión de los fundadores de los barrios está reflejada la acción vital que sólo puede venir del Espíritu Señor y Dador de vida. Allí, en ellos, el empeño en formar deberes y derechos, convivencia y solidaridad, lo público y lo privado, la libertad y la obediencia, y, por qué no, la democracia como poder del colectivo para hacer que las posibilidades se conviertan en capacidades y se hagan realidad. Claro, no sin serios problemas que nos recuerdan los límites de toda creación en la historia.

Entonces, por un lado, los protagonistas de esta gesta advierten que la paz ni la democracia no podrán consolidarse sólo por la concertación de élites ilustradas. Porque quedarán encerradas en sus círculos de comunicación argumentativa en medio de una gran hostilidad que amenaza la consolidación de la paz. Y, por otro lado, los protagonistas de esta gesta nunca han dejado de estar asediados por el “mal espíritu” que los invita a entregarse al consumo y al enriquecimiento rápido que se instalaron en el país. Este “mal espíritu” mina la conciencia popular con la ilusión y el espejismo de la riqueza fácil que vienen de la droga, los chanchullos y el oportunismo cortoplacista.

Finalmente, la convocatoria de las grandes mayorías frente a caudillismos y cuartelazos, el voto, la alternabilidad, la representación de mayorías y minorías, la discusión política pública, las libertades privadas que la democracia garantiza son adquisiciones nada triviales; que junto con la descentralización del poder, con la elección directa de alcaldes y gobernadores, fueron también logros muy significativos. Por tanto, la palabra y el discurso propios de los ciudadanos ante las armas, la mera orden y el hecho cumplido forman parte de lo que hemos sido y somos. Todo esto da cuenta de la larga lucha por despersonalizar el poder, combatir la corrupción y situarnos en el terreno de la política. En este complejo proceso histórico nos podemos reconocer los venezolanos del siglo XX.

RETOS DE SIGLO XXI

Equidad y justicia

La desilusión que se dio en el plano económico y social plantea la necesidad de construir modelos económicos donde el de desarrollo esté asociado al crecimiento económico pero a su vez al bienestar social y a la protección y preservación del ambiente. Tres aspectos que se tienen que articular. Si se mantiene la tendencia a autonomizar uno de estos elementos, por ejemplo, el crecimiento económico medido por las ganancias, se recaerá en la estupidez de hacer incompatible el crecimiento económico con los distintos sistemas de valores morales. Las empresas pueden ser organizaciones productivas que concentran talentos y que pueden aumentar el capital social de Venezuela.

La renta petrolera seguirá generando polémica respecto de su destino. Pero cualquiera que sea lo que se decida hacer con la renta tendrá que contar con las

Discernimiento de la democracia venezolana

necesidades de las grandes mayorías. Si la renta sirve para que aumenten las posibilidades de libertad y de felicidad, sobre todo de las generaciones futuras, entonces estará justificada la acción que se emprenda. Si la renta se presta para la inercia antiprodutiva y la dependencia de las importaciones, no avanzaremos porque no se trata solo de distribuir sino de aumentar la capacidad productiva de la riqueza que se quiere distribuir con justicia.

La cultura de paz

Si pasamos de las guerras que dejaron un país agotado y pobre a una forma de paz impuesta que acabó con las montoneras, no es menos cierto que estamos lejos de alcanzar una auténtica cultura de paz. Si, además, se expande la violencia e injusticia globalizada es fundamental un proyecto de paz para el mundo entero. La paz tiene que ver con la justicia. Las tensiones están latentes en todas partes y las razones de la violencia pueden ser múltiples. La paz que nos urge tiene que ver con garantizar la vida de los más humildes. Una paz que exige el reconocimiento de las diferencias sociales y culturales como riquezas y no como amenazas. Venezuela tiene que pasar de la paz impuesta y el “irenismo” a una cultura de convivencia y fraternidad. En este mundo globalizado se requiere aprender a vivir juntos. Es de suma importancia aprender a vivir en las comunidades a las que por tradición se pertenece. La nación, la región, la ciudad, el pueblo, el barrio vivido como lugares abiertos al mundo. No podemos vivir en lo local descuidando lo global. Pero tampoco debemos adaptarnos de una manera mimética a la globalización. Tenemos la tarea impostergable de la educación para aprender a vivir juntos los distintos. La formación en la responsabilidad personal frente al reto de construir comunidad en un marco abierto, de poder ser ciudadanos del mundo sin perder el lugar de origen.

La democracia es el “gobierno del pueblo”

La democracia es el mejor sistema de gestión de poder, pero no es garantía de justicia. La justicia no es sin más el resultado de una votación mayoritaria. La experiencia histórica nos muestra que en momentos de conmoción, de trastornos económicos graves, o de miedo una mayoría de votantes puede decidir legalmente medidas injustas.

El discernimiento permanente de la democracia exige definir qué o quién es “el pueblo”. A lo largo de la historia, algunos lo han identificado solo con los *ciudadanos*, excluyendo a extranjeros, mujeres y esclavos; o solo con el “pueblo llano”, eliminando a otros estamentos; otros piensan que solo los individuos con un mínimo de educación deberían elegir a los dirigentes. Para nosotros se trata de que la gente de a pie pueda tomar parte responsable en las decisiones que comprometen la vida del cuerpo social.

Esto a su vez plantea el problema de la participación. En una asamblea, por ejemplo, donde “todos pueden hablar” puede llegar a imponerse el más fuerte (por coacción), el que sea capaz de conmover a la audiencia (mediante retórica) o el que domine los canales de comunicación (porque sea el único mensaje que se oye). Pensamos que debe existir el mayor número de organizaciones que aporten dinamismo a las discusiones y debates para beneficio de todos.

Todo esto, además, exige un delicado discernimiento sobre el poder. La democracia es también un modo de participar y de controlar el poder. Pero el único poder legítimo es el que aumenta el poder de los ciudadanos y posibilita un modo conjunto de resolver problemas. Sigue pendiente esta tarea.

DEMOCRACIA Y SUJETO DEMOCRÁTICO

La preocupación por acelerar la llegada de lo moderno en Venezuela que se expresó en la tecnificación forzada opacó la necesidad de fortalecer de manera articulada la dimensión cultural. El mensaje de celeridad, de apurar rápidamente los procesos de modernización, porque había una especie de “retardo”, de inmenso tiempo perdido que había que recuperar, no ayudó. Es así como se encuentra que ese proceso de modernización estuvo marcado también por un inmenso voluntarismo. El voluntarismo no se separó lo suficiente de la tradición autoritaria venezolana; es decir, ese voluntarismo modernizante y democratizador fue autoritario, no creó una cultura distinta de la del autoritarismo. No creó una cultura de la democracia. Porque no hay democracia sin demócratas. La democracia no se ocupó de narrar otra historia del país que la que había escrito el vector autoritario, y, al cabo de un tiempo nos vimos sometidos a los encantos de ese vector caudillista y bolivariano de nuestra historia.

En este proceso que hemos descrito de rupturas continuidades tenemos que reforzar los elementos que contribuyan a fortalecer el camino democrático.

Discernimiento de la democracia venezolana

Primero, en la democracia, no se trata sólo de ir a votar o a machar sino de estar informado como cualquier otro de lo que debe ser decidido por todos. Estar informado de movimientos sociales y liderazgos comunitarios, sobre partidos políticos y candidatos a cualquier cargo cuya competencia afecte al cuerpo social, sobre el comportamiento de los políticos candidatos con o sin chance de ganar elecciones. Pero sobre todo, información sobre programas y proyectos con los que se comprometieron en su momento con la gente y auditarlos socialmente.

Segundo, de estar informados hay que pasar a consolidar los ámbitos de lo público y lo privado. Lo público no es exclusivamente político. Puede y debe ser de la ciudadanía para participar poniendo sus talentos en función de todos.

Tercero, la sociedad civil en Venezuela será democrática cuando no requiera de la fuerza para construir la identidad que la cohesione en torno a un proyecto con sentido. Tiene que ir más allá de las masas informes sin vínculos asociativos que propician lógicas sectoriales y el trabajo fragmentado bajo la visión del “sálvese quien pueda”. Tiene que superar dos dificultades. La falta de reconocimiento que ha conducido a la lucha de todos contra todos y crear puentes entre los distintos grupos para que generen sociedad. Y, segundo, hacer que la sociedad sea civil frente a los muchos rasgos antidemocráticos y autoritarios que considera que el buen caudillo o el gobierno fuerte es lo que se necesita para solucionar los problemas. Tendría que apuntar hacia la construcción de tejido, de colectividad y de comunidad.

Y, finalmente, tenemos que apostar por la construcción de un Estado promotor que expresamente pretenda ampliar las capacidades de actuar, de obrar, de ser, de crear riqueza de cada uno de los ciudadanos. No es un proyecto confortable sino exigente. No rechaza la preocupación por el bienestar de la gente sino que la promueve entre los ciudadanos. Ojalá, Dios quiera.